

Tzvetan Todorov

La conquista de América. El problema del otro

Madrid: Siglo XXI, 1995

Alexander Micić Täger

Debo comenzar con una confesión personal: desde que leí *La Conquista de América. El problema del otro*, de Tzvetan Todorov, tomé por primera vez real conciencia de las implicancias del etnocentrismo. Aprendí, tal vez sin mayor éxito en la práctica, a no erigir un determinado patrón cultural como la única realidad válida, a no calificar y juzgar las distintas culturas en relación con los valores de la mía; en otras palabras, tomé conciencia de la necesidad de no omitir al *otro*.

Tzvetan Todorov, filósofo y teórico literario de origen búlgaro, nació en Sofía en 1939 y, luego de huir de los totalitarismos, se exilió en Francia desde 1963. Si bien no es un historiador de título, sus investigaciones históricas han abarcado dos grandes áreas, a saber: la conquista de América y los campos de concentración (tanto nazis como soviéticos).

El libro que aquí me ocupa, *La Conquista de América. El problema del otro*, debutó en francés, remontándose esta primera edición a 1982; cinco años más tarde, en 1987, se presenta su primera edición en español. A través de casi trescientas páginas compiladas en cuatro coherentes capítulos, escritas de manera consistente, clara, ágil y precisa, el autor desarrolla su monografía sobre la Conquista: el tema es acotado al México del siglo XVI (época agitada, que engloba la llegada de los españoles, la sujeción de los indígenas y el asentamiento del orden colonial), principalmente a la luz de la percepción que los peninsulares tienen del *otro*, de los indígenas.

El enfoque de Todorov invita a pensar la Conquista no sólo como un proceso de asentamiento español y de derrota indígena, no sólo como un proceso de despliegue bélico y de dominación; en fin, el autor aboga por ver aquel ya aludido proceso como lo que en esencia fue: un encuentro entre humanos. En sus propias palabras: «el encuentro de Moctezuma con Cortés, de los indios con los españoles, es ante todo un encuentro humano» (105). Se trata de un contacto entre dos culturas diferentes, entre dos cosmovisiones distintas; esto es, se trata de un descubrimiento, en ambos bandos, que el *yo* hace del *otro*.

Todorov presenta una visión del periodo que pone especial atención a cómo fue aquel contacto, hasta qué punto hubo una comprensión (de cada parte) sobre la cultura que recién conocían, en qué grado fueron respetadas,

omitidas o sojuzgadas las diferencias culturales entre españoles e indígenas; en fin, de qué forma se dio y cuán exitosa fue la comunicación entre estos hombres. Todorov arguye que fue justamente la capacidad de Cortés y sus hombres de conocer y comprender a los indígenas (esto es, mejor manejo de la comunicación humana) lo que en última instancia les permitió triunfar sobre los americanos y dominarlos.

Es, por tanto, la relación entre hombres de culturas distintas (la cuestión del *otro*), lo que atrae de forma magnética la atención del autor. En esta línea, este pensador búlgaro sostiene que el español se acercó de dos maneras al *otro*: «O bien piensa en los indios como seres humanos completos, que tienen los mismos derechos que él, pero entonces no sólo los ve iguales, sino también idénticos, y esta conducta desemboca en la asimilación, en la proyección de los propios valores en los demás. O bien parte de la diferencia, pero ésta se traduce inmediatamente en términos de superioridad e inferioridad: se niega la existencia de una sustancia humana realmente otra, que pueda no ser un simple estado imperfecto de uno mismo. Estas dos figuras elementales de la experiencia de la alteridad descansan ambas en el egocentrismo, en la identificación de los propios valores con los valores en general, del propio yo con el universo; en la convicción de que el mundo es uno» (50).

Así, si considero al indio como un igual a mí, entonces acudo a asimilarlo a mi cultura (implicando la férrea convicción de que mis patrones culturales son generales y únicos); a la vez, si reconozco que el indio es diferente, entonces —por las mismas razones— lo considero de inmediato como un inferior. Para el primer caso, incluso si existe un sincero deseo de acercarse al indio, al querer hacer de él una proyección mía (al querer evangelizarlo para «salvarlo», por ejemplo), se está ignorando su identidad, lo cual, por tanto, también constituye un acto de dominación.

El hilo conductor del autor, por tanto, reposa en la interpretación de los rasgos de la Conquista a través del impacto de la comunicación y acercamiento entre dos mundos, o sea, en la interpretación del encuentro con el *otro*; en enorme medida fue la mayor capacidad de comprender al otro lo que le aseguró la victoria a un Hernán Cortés sobre unos indios perplejos y paralizados.

En consideración de lo anterior, la tesis central de Todorov es que a través de todo aquel periodo de estudio, y de forma subyacente a todos los sucesos ocurridos, se asiste a «una incapacidad de percibir la identidad humana de los otros, es decir, de reconocerlos a la vez como iguales y como diferentes» (84). Como bien sostiene este autor, un diálogo no es la simple agregación de dos monólogos.

De acuerdo a su enfoque e hilo conductor, Todorov estructura de manera coherente su obra en cuatro capítulos —cada uno de los cuales implica una comunicación entre hombres, un encuentro con el *otro*—, a saber: «Descubrir», «Conquistar», «Amar» y «Conocer». Si bien el libro carece de un

capítulo aparte dedicado a la introducción, ésta se encuentra en forma clara al comienzo del primer capítulo.

En «Descubrir», el autor analiza la llegada de Colón a América; aquí, el foco de su análisis lo constituye la forma en que Colón va interpretando todo lo nuevo que tiene ante sí. Cegado por la convicción de que sus cánones propios son universales (como si la convención cultural española fuera el estado natural de las cosas), este hombre es un ejemplo nítido de incompreensión del *otro*.

En «Conquistar» se asiste a una interpretación de las razones de la victoria española. Siempre a la luz de la comunicación y encuentro humanos (aunque sin desconocer por ello otras causas, como lo fueron el choque bacteriológico, la superioridad bélica, el papel de los indios amigos, etcétera), es la incapacidad de Moctezuma de comprender al español (y, por tanto, incapacidad de comunicación), la que lo lleva a una situación de perplejidad; al mismo tiempo, es el éxito de Cortés por comprender la cosmovisión indígena, lo que le otorga la llave para la conquista del Imperio.

El móvil de Cortés es la sujeción y dominación de los mesoamericanos. Por tanto, si bien comprende mejor que Colón a los indígenas, ambos se muestran incapaces de percibir al *otro* como un igual (en cuanto a calidad humana) pero distinto a la vez (en tanto poseedor de una identidad propia).

En «Amar», Todorov brinda una explicación al asunto de la destrucción y sujeción indígena; la comprensión del indio no evitó su destrucción, toda vez que el comprender no implica necesariamente un reconocimiento pleno del *otro* en cuanto tal. La comprensión, añade Todorov, era una herramienta para la dominación, fue una acción con fines de explotación.

Incluso en el caso de los evangelizadores, que con tanta resolución defendieron al indio frente a la explotación del conquistador, su obrar (probablemente sincero) no deja de constituir una dominación. Se pregunta Todorov: «¿Puede uno querer realmente a alguien si ignora su identidad, si ve, en lugar de esa identidad, una proyección de sí o de su ideal? Ahora bien, ¿no hay ya una violencia en la convicción de que uno mismo posee la verdad... y que, además, hay que imponerla a esos otros?» (182). Una vez más, se desprende una prepotencia cultural, que nubla cualquier posibilidad de reconocer en el indio otro poseedor de una identidad y valores propios.

Por último, en «Conocer», Todorov se aboca al análisis de los trabajos de los misioneros evangelizadores, presentes en México desde la Conquista, y responsables de la colonización espiritual y cultural del indígena. Estos religiosos, teniendo como norte la imposición del cristianismo, investigaron minuciosamente las culturas indígenas, legando para la posteridad un verdadero arsenal etnográfico; por consiguiente, estos hombres llegaron a conocer mejor que nadie (mucho mejor que un Cortés estratega) a los indígenas. Así y todo, cayeron en el mismo error que los conquistadores: no reconocieron plenamente que el indio podía ser ajeno al cristianismo, ajeno a la cultura europea, y a la vez acreedor de valores morales e identitarios.

A la hora de justificar su bibliografía, los argumentos esgrimidos por el autor son claros: «los comentaristas modernos se registran en función de un solo criterio: el de su posible influencia en mi propio texto» (265). Con esto, Todorov no hace más que advertir que su principal apoyo en su investigación fueron las fuentes. En lo que atañe a la bibliografía secundaria, el autor utilizó monografías actuales, libros sobre el descubrimiento de América, estudios etnológicos, manuales, estudios de sociología comparada, textos de historia demográfica, entre otros. De esta forma, Todorov compiló una amplia, heterogénea y multidisciplinaria bibliografía secundaria, no omitiendo la utilidad de ciencias auxiliares.

En lo que respecta a las fuentes, para el primer capítulo utilizó básicamente textos de Colón, de sus contemporáneos y colegas (el Dr. Chanca, por ejemplo), así como también de historiadores contemporáneos a él (Pedro Mártir, Oviedo, etcétera). Para los capítulos segundo, tercero y cuarto, Todorov acudió tanto a los escritos sobre la sociedad azteca de los evangelizadores (Motolinía, Sahagún, Durán, etcétera), como a los textos de los conquistadores (Cortés y Bernal Díaz), además de lo escrito (tanto en español como en lenguas nativas) por indios o mestizos. Esta conjunción de fuentes, le permitió al autor obtener una visión ancha y abierta del periodo, en un ejercicio por presentar una versión lo más completa y fidedigna posible.

Su acercamiento a las fuentes revela la prudencia y rigurosidad que acompañaron a Todorov en su investigación histórica. Consciente de su dependencia al tiempo y espacio que lo envuelve, este autor es especialmente cauto al acudir a los textos de los conquistadores y evangelizadores de la época en estudio; Todorov no olvida que la percepción de los españoles de antaño acerca de los indios, la forma de acercarse al *otro*, estuvo fuertemente empañada por la convicción de que la cultura y religión propias eran las válidas, de que ellos poseían la verdad.

Así, con sutileza y precisión, el autor advierte acerca de las fuentes (especialmente las investigaciones de los evangelizadores de entonces): «Los cuestionarios no sólo imponen una organización europea al saber americano, y a veces impiden el paso de la información pertinente, sino que también determinan los temas a tratar, y excluye otros...» (248). Al obstáculo de la pertenencia del historiador a un determinado contexto histórico se añade el de veracidad de las fuentes a tratar.

La obra de Todorov no ha estado exenta de críticas; a juicio personal, éstas son necesarias porque enriquecen y brindan dinamismo a la investigación histórica. Cabe aludir sucintamente a las críticas presentadas por Eduardo Subirats,¹ toda vez que en lo personal no las comparto. Este autor analiza la conquista de América como un acto brutal de negación, destrucción e imposición, tanto militar como cultural. Arguye que la concepción de Todorov

1. Eduardo Subirats, *El continente vacío*, México, Siglo XXI, 1994.

de la Conquista como un encuentro y un reconocimiento de *otro* diferente, es banal.

Sin embargo, el autor de origen búlgaro es explícito en sostener que la Conquista fue acompañada de un *no* reconocimiento del indígena como un ser diferente pero igualmente válido; el «encuentro», en Todorov, dista de ser un momento amigable y bilateral. Todorov no niega la existencia de un avasallamiento por parte del español, así como tampoco desconoce el papel decisivo que tuvo el etnocentrismo cultural europeo y la religión cristiana (intolerante y con pretensiones universales), en la forma de relacionarse y de percibir al indígena.

Con todo, soy de la opinión que Todorov, si bien no es simplista en su análisis, no estudia este «encuentro» y la importancia de la comprensión, con la misma precisión que lo hace un Serge Gruzinski;² el no reconocimiento del otro en un mismo plano que uno, implicó todo un complejo y concertado proceso de conquista mental y psicológica o, en palabras de este último autor, una «colonización del imaginario».

La relevancia de la obra de Todorov no radica solamente en ver el descubrimiento de América como el momento fundacional de nuestra identidad presente (toda vez que nos permite reflexionar sobre nosotros mismos); el autor, también, nos exhorta a la aceptación y comprensión del *otro* como tal, extrapolando el asunto a la experiencia humana cotidiana.

A través de su monografía, Todorov busca «que se recuerde qué es lo que podría producirse si no se logra descubrir al otro» (257). Todo esto en el marco de un contexto de crítica a Occidente, a su etnocentrismo; de polarización ideológica y de sensación de decadencia; del emerger de pueblos en la periferia europea que reclaman la validez de sus culturas, etcétera. En esta línea, al referirse a la conquista de América, Todorov afirma que «desde aquella época, y durante casi trescientos cincuenta años, Europa Occidental se ha esforzado por asimilar al otro, por hacer desaparecer su alteridad exterior, y en gran medida lo ha logrado». Una vez más: la incapacidad de reconocer al *otro* como un igual, pero distinto a la vez.

ALEXANDER MICIĆ TÄGER es licenciado en Historia, Cientista Político (Pontificia Universidad Católica de Chile) y analista de la Dirección de Planificación del Ministerio de Relaciones Exteriores. Su correo electrónico es acmicic@uc.cl.

2. Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.